Y en todas ellas ha logrado una representación perfecta, manejando a los actores de modo magistral, como ahora ha hecho con el medio centenar de personajes que intervienen en *La loca de Chaillot*.

Pero pasemos de la escena a los libros, y veamos las principales novedades literarias de estos días. En el campo de la novela, se habla mucho de *La mujer de otro*, de Torcuato Luca de Tena, que obtuvo el importante Premio Planeta, cuyo importe asciende a 200 mil pesetas (unos 3,330 dólares). Pero si esta novela está hoy en el centro de la actualidad literaria, no se debe, me parece, a sus propios méritos, que son escasos, sino al relieve que otorga ese importante premio, y sobre todo a la situación privilegiada del autor, que dirige la revista *Blanco y Negro* y es propietario, con su padre el Marqués de Luca de Tena, del diario *ABC*. *La mujer de otro* relata un caso de adulterio entre una mujer casada con un hombre de negocios, y un pintor que fue su novio en tiempos. El relato está llevado con agilidad y un estilo directo, pues Torcuato Luca de Tena es ágil periodista, pero ni la psicología de la pareja amante, ni el forzado desenlace de la novela pueden convencernos. Para que el adulterio, aunque ya consumado, no continúe, y los adúlteros puedan arrepentirse y regresar a sus hogares respectivos —pues el pintor también está casado—, Torcuato Luca de Tena ha inventado un personaje femenino de católica activista, que catequiza y salva almas para el cielo, y que se las arregla al final para separar a los amantes y que la novela termine santamente.

Más importante me parece la novela de Juan Antonio Zunzunegui *El premio*, que también acaba de aparecer en estos días. Se trata de una aguda y animada sátira de la vida literaria madrileña y de la abundancia de premios literarios que conceden hoy en España el Estado, ayuntamientos y empresas editoriales. Con su estilo característico, de frases cortas y abundante diálogo, Zunzunegui nos presenta una rica y variadísima galería de personajes del mundo literario, algunos de ellos tomados del natural. Como en casi todas las novelas de Zunzunegui, también en ésta logra el novelista vasco sus mejores aciertos en la sátira social y costumbrista y en la pintura de los tipos.

Pasando al ensayo, quiero destacar tres libros notables, los tres aparecidos en la colección Biblioteca Breve de la editorial Seix Barral. Me refiero a *La juventud europea y otros ensayos*, de José Luis Aranguren, en el que este gran ensayista español define su actitud de católico liberal e inconformista frente a situaciones sociales y religiosas establecidas en la España de hoy; *La responsabilidad del escritor*, de nuestro inolvidable Pedro Salinas —el gran poeta y prosista muerto en los Estados Unidos hace ya diez años—, libro que se abre con una espléndida "Defensa del lenguaje" a la que siguen ensayos sobre la minoría literaria y sobre Balzac, entre otros; y finalmente, *La aventura estética de nuestra edad*, de Guillermo de Torre, que es una antología de sus ensayos más importantes, entre los que hay páginas sobre Picasso, Apollinaire, García Lorca, Unamuno, Machado, Ortega y Juan Ramón Jiménez.

Para cerrar esta crónica señalaré un acto literario que ha tenido alguna importancia. La conferencia que ha pronunciado la escritora Rosa Chacel en la Asociación Española de Mujeres Universitarias, cuya tribuna es uno de los escasos refugios de la actitud y el pensamiento liberal españoles. Rosa Chacel ha regresado a España —por poco tiempo según parece—, después de 25 años de ausencia, durante los cuales ha vivido exilada, con su marido el pintor Timoteo Pérez Rubio, en el Brasil y en Argentina principalmente, donde ha publicado sus últimos libros, como la novela *Memorias de Leticia Valle*, *La sinrazón*, y *Teresa*, que es una biografía novelada de Teresa Mancha, la amante del poeta Espronceda. Rosa Chacel, que antes de la guerra civil española se hallaba muy unida al grupo de Ortega y su *Revista de Occidente*, es hoy una de las mejores escritoras españolas, por la calidad de su prosa y la finura y profundidad de sus relatos. En su conferencia, Rosa Chacel ha hablado de la técnica de la novela y de su propia obra. Ha sido una confesión de interés biográfico y literario, que nos ha explicado la clave de una literatura tan rica en imaginación y en matices como es la obra de Rosa Chacel, escritora del linaje de Unamuno y de Ortega.

Carta de Estados Unidos

Por Manuel DURÁN

La noticia, difundida en estos últimos días por la prensa norteamericana, de que el fiscal de la ciudad de Brooklyn ha protestado públicamente contra los programas de televisión de Perry Mason, no ha causado ciertamente gran sorpresa entre los espectadores del país. En realidad todos esperaban que ocurriera tal crítica. Hace muchos años que Perry Mason viene ganando todos sus asuntos; ni uno solo de sus clientes ha sido condenado todavía, y el fiscal hace siempre, en tales casos, un papel bastante ridículo y desfavorable. La verdad es que si Perry Mason gana continuamente, alguien tiene que perder: en este caso es el fiscal. Pero todo ello nos lleva al tema, en cierto modo cultural e instructivo, del nivel de los programas de televisión en Estados Unidos, país donde esta industria ha sido calificada con la expresión que Marx reservó para la religión: se dice que la televisión es hoy el verdadero "opio del pueblo". El Director Federal de Comunicaciones, Minnow, ha dicho que los programas actuales son "un vasto desierto". La mayor parte de los intelectuales y artistas han criticado a la televisión en forma incesante, desde hace ya varios años. Las debilidades que se le toleraban al principio resultan hoy injustificables, ya que dicha industria ha entrado en la madurez, y cuenta con medios técnicos y financieros que le permitirían dar programas mucho mejores. ¿Por qué, pues, esta falta de calidad?

En primer lugar, no todos los programas son igualmente malos: hay incluso programas excelentes. Éste es el caso, por ejemplo, de los programas que difunde la Universidad de Michigan. En Cambridge, Massachusetts, hay también una magnífica estación cultural. La Fundación Ford patrocinó durante algún tiempo una serie excelente, titulada *Omnibus*. Pero son éstas más bien excepciones que justifican la regla. El hecho fundamental, que explica la baja calidad de un 80% de los programas, es simplemente éste: la televisión se encuentra dominada en Estados Unidos, como es bien sabido, por los intereses comerciales de los patrocinadores que pagan por los programas; a los cuales les importa ante todo que sus programas sean muy populares. Dan, pues, al público lo que el público les pide. E invariablemente el público pide dos cosas: "pan" y "juegos de circo", es decir, programas en que se reparten regalos (con la excusa de un concurso) y programas en que aparezca, en aventuras melodramáticas y sensuales, un héroe, un héroe de los que nunca pierden. Es posible afirmar paradójicamente que el héroe se ha transformado en el peor villano: que es él el responsable de la baja calidad de los programas, él quien los hace increíbles y absurdos. Como ha dicho Elaine Kendall, "la solución consistiría en humanizar a los héroes que ya existen, reducir sus dimensiones hasta que resulten manejables. Así los demás personajes tendrían también su oportunidad. Y eso es lo que necesitan: un poco de ayuda. Lo demás vendría sin dificultad. Pero no será fácil: el super-héroe se halla firmemente atrincherado en el bulbo de cátodo. Es fuerte y duro. Y está armado de pies a cabeza. No comprende que es humano equivocarse. No cabe esperar que sepa perder, porque nunca ha perdido hasta ahora."

Volverse de espaldas a la realidad para identificarse con un héroe, que es lo que hace el público, es, naturalmente, transformar el arte en droga: aspirina, calmante, ecuanil o bien opio. Que eso es precisamente lo que es la televisión: una mezcla cuidadosamente dosificada (y administrada sin supervisión médica) de excitantes y calmantes, mezcla que llega acompañada de numerosos e insistentes anuncios comerciales, que al interrumpir el relato lo hacen todavía más absurdo e improbable. Esperar que cambie radicalmente esta situación sería utópico, puesto que depende de dos factores en apariencia inconmovibles: el patrocinio comercial y la actitud del público. Cabe, en cambio, tratar de mejorarla parcialmente, apelando al sentido de responsabilidad de los elaboradores de programas, ya que al fin y al cabo la televisión es un servicio público sujeto a concesiones federales. Desde que empezaron las críticas del Director Federal, los programas de la Columbia Broadcasting han mejorado considerablemente. El año actual nos dará la solución: si la calidad sigue subiendo se habrá ganado una importante batalla en el campo de la cultura popular norteamericana.

Pasando a un tema cultural algo menos comercializado: la temporada de teatro en Nueva York ha empezado es-

te año con buen pie. Además de la obra de Tennessee Williams *Night of the iguana*, a la que ya nos hemos referido anteriormente, y que ha tenido un gran éxito de crítica y de público, el veterano Thornton Wilder, que tanto ha dado ya a la literatura y a las tablas (recordemos *El puente de San Luis Rey, Nueva ciudad, La piel de nuestros dientes*), ha estrenado varias obras en un acto, divididas en dos ciclos, bajo el título general de *Plays for Bleecker Street*. El primer ciclo lo consagra al tema de "Las siete edades del hombre", el segundo a "Los siete pecados capitales". Las obras estrenadas llevan por título *Infancia, Niñez*, y *Uno de Asís* (sobre el tema de la lujuria). El decorado es casi inexistente: pero para Wilder el teatro es ante todo la creación de una ilusión, y esto queda logrado. No se trata de un teatro de ideas o de tesis: la única idea dominante de la primera obra es simplemente un lugar común, es decir, que los niños son muy susceptibles al ambiente que les rodea; y el tema de la segunda es que las generaciones no se entienden entre sí. Claro está que es el desarrollo de estas ideas centrales lo que resulta digno de atención: Wilder procede mediante una mezcla muy efectiva de trucos, sorpresas, y lenguaje lírico mesurado, nunca excesivo o deslumbrante. Todo su teatralismo lo guarda para ciertos efectos especiales, no lo despliega en el lenguaje de sus personajes. La tercera obra no se refiere estrictamente a la lujuria, sino más bien a los remordimientos que el recuerdo de la misma causa en varios personajes en apariencia puros y piadosos, en el ambiente medieval de Asís y sus franciscanos. Más complicada y algo confusa, es también la más ambiciosa de las tres, y posiblemente habrá que esperar para juzgarla definitivamente a que siga la serie, pues este primer grupo no es sino el capítulo inicial de una vasta obra teatral. Lo importante, en este caso, es que después de una ausencia de largos años Thornton Wilder ha vuelto al teatro. Wilder es algo así como el Usigli del teatro norteamericano: figura imprescindible, histórica y clásica ya, incluso para los que no están de acuerdo con sus ideas y con el tipo de obras que escribe.

En cuanto a la literatura en general: señalemos la aparición de dos traducciones al inglés de Pablo Neruda, una excelente por Ben Belitt que comprende una selección bastante completa de diversos momentos de su obra, y otra de las *Odas elementales* hecha por Carlos Lozano con bastante acierto. Por si esto fuera poco, la casa *Spoken Arts*, que produce discos y grabaciones literarias, anuncia una próxima serie de discos dedicados a la poesía hispanoamericana y española Éste es un campo en que Estados Unidos no tiene nada que envidiar a otros países: la mayor parte de los poetas norteamericanos conocidos han sido grabados en disco, con sus propias voces, y cada mes se añaden nuevos títulos a los catálogos. Los críticos y amantes de la poesía del futuro podrán escuchar a Frost y Sandburg interpretando sus propios poemas. Y la Sección Hispánica de la Biblioteca del Congreso está grabando también la voz de numerosos escritores hispanoamericanos: los "caza al vuelo", en cuanto visitan Estados Unidos, y los invitar a pasar unos días en Washington y a grabar extractos de sus obras más famosas.

Como era de esperar —o de temer— las malas noticias llegan mezcladas con las buenas y contrarrestan en parte los efectos positivos del progreso cultural con las sombras de la intolerancia y la represión. En estos días vuelve a hablarse mucho de la situación angustiosa de la editorial Grove Press a raíz de la publicación de *Tropic of Cancer* de Henry Miller. El libro ha sido perseguido por la censura federal y local, y no puede venderse en Massachusetts, Rhode Island, Los Ángeles, Chicago, Filadelfia, Cleveland, Atlanta, Miami, Dallas, Houston, Seatle, Hartford, Wilmington, Indianapolis, Des Moines, St. Louis, Trenton, Buffalo, Phoenix, Oklahoma City y Birmingham. El editor, Barney Rossett, ha sido atacado en siete pleitos civiles y tres criminales: y se pasa buena parte de su tiempo defendiéndose en los juzgados y tribunales contra las acusaciones de que ha sido objeto; mientras tanto, una buena parte de la edición sigue sin vender a causa de la censura. Y todo porque a los censores se les ha ocurrido que Henry Miller es pornográfico. Lo contrario es cierto: hay pocos libros tan anti-eróticos y anti-pornográficos como *Tropic of Cancer*. Los que creían que la censura norteamericana en materia de pornografía había desaparecido o bien operaba ya en un nivel de comprensión e inteligencia han tenido que desengañarse: las cosas no están tan mal como antes, como, por ejemplo, en la época en que el *Ulises* de Joyce era más perseguido por los aduaneros que un contrabando de opio, pero tampoco se han arreglado definitivamente.

Señalemos para terminar la aparición de una serie de libros sobre arquitectura, editados por George Braziller, y escritos por diversos autores. En el espacio de unas semanas, meses a lo sumo, han aparecido un estudio sobre la arquitectura romana, por Frank Brown, uno sobre arquitectura gótica, por Robert Branner, uno sobre el barroco y el rococó, por Henry Millon, y uno sobre arquitectura moderna, por Vincent Scully. Están bien ilustrados, y, por lo que hemos podido ver, bien escritos; sobre todo los estudios consagrados a Roma y a la época contemporánea; los otros contienen algún tecnicismo que los hace difíciles de comprender para un público no especializado, pero se convertirán sin duda en excelentes libros de consulta para arquitectos. El panorama de la arquitectura norteamericana de hoy es sumamente desigual; al lado de edificios innovadores, como la Lever House o el museo Guggenheim de Nueva York, abundan los cubos mal diseñados y sin ninguna inspiración; pero únicamente una obra breve y de conjunto como la de Scully permite distinguir claramente y con rapidez lo valioso de lo vulgar en un campo tan amplio como es la arquitectura de hoy.

*

Hace unos días el campeón de pesos pesados Floyd Patterson hizo una breve visita a la Casa Blanca, charló unos minutos con el presidente Kennedy, fue fotografiado con él, y le reveló quién iba a ser su próximo contrincante. El incidente en sí no tiene mayor importancia. El nombre del boxeador que peleará con Patterson no puede ser revelado todavía, y Kennedy prometió mantenerlo secreto; pero ciertamente no será Tom MacNeeley, noqueado recientemente por Patterson. Es muy posible que sea Roy Harris. Pero en una forma u otra la visita de Patterson ha servido para recordarnos a muchos, si es que lo habíamos olvidado, que el boxeo existe todavía como deporte importante en los Estados Unidos.

Después del breve y pasajero interés provocado por la visita de Ingomar Johanssen a Estados Unidos y sus diversas peleas aquí, la verdad es que el box dejó de llamar la atención, y ha seguido decayendo. La conclusión desalentadora a que han llegado muchos partidarios del deporte es que se encuentra moribundo. ¿A qué se debe este hecho? Según muchos, a la televisión; según otros, es simplemente una crisis pasajera provocada por la escasez de buenos boxeadores. Es posible que ambas hipótesis sean ciertas.

Por una parte es un hecho que las peleas atraen a poca gente. Solamente Chicago, Nueva York o Filadelfia resultan hoy lugares adecuados para celebrar un match importante. ¿Para qué molestarse en acudir al ring cuando, en muchísimos casos, es posible ver el espectáculo en la televisión? La gente ha ido perdiendo la costumbre de salir de casa por la noche. Y el resultado es que, si bien siguen celebrándose, de vez en cuando, buenas peleas, al disminuir el interés por el box en general ha decaído la actividad de los pequeños clubs deportivos y los encuentros de segunda categoría han disminuido enormemente, con la consiguiente disminución en el número de nuevos boxeadores jóvenes. El deporte se sostiene en gran parte gracias a boxeadores ya bien conocidos. Y como por otra parte la corrupción de algunos de ellos es igualmente bien conocida, el público se retrae cada vez más. Los abusos de estos últimos años, abusos evidentes y muy comentados por la prensa, en que varios encuentros resultaron arreglados de antemano en una forma muy clara, han hecho al deporte mucho daño; la televisión le ha ido quitando público. Al fin y al cabo, si el box debe convertirse, como lo es ya la lucha libre, en un deporte de actores, con todos los resultados consignados de antemano en una especie de *script*, resulta que los atletas que toman parte en la lucha libre son mucho mejores actores que los boxeadores, saben llamar más la atención, son más espectaculares y más expresivos. En este plan no hay competencia posible.

Y es una lástima, ya que los boxeadores norteamericanos solían ser, y quizá son todavía, los mejores del mundo. Pero si aquí el elemento humano está fallando algo, en cambio las carreras de caballos constituyen un motivo de orgullo: internacionalmente, los caballos norteamericanos han hecho últimamente un excelente papel y han ganado varios premios en Australia y otros países. Y los caballos enviados de otros países para competir en Estados Unidos se han revelado menos veloces que el producto indígena norteamericano.

Como es sabido, los deportes constituyen una de las actividades más internacionales y que mejor permiten al mismo tiempo observar la diversidad de las culturas. Algunos observadores han in-

tentado, con cierto éxito, explicar el carácter nacional de los ingleses basándose en las reglas del *cricket*. No estamos del todo convencidos, sin embargo, de que, suponiendo que sea el beisbol el deporte norteamericano por excelencia, sirva para explicarnos gran cosa acerca de la psicología del país. Pues, no lo olvidemos, el beisbol, al fin y al cabo, es tan popular en Cuba o en el Japón como pueda serlo en Estados Unidos. Y los rusos, que acaban de anunciar su próxima participación en el torneo de tenis de la Copa Davis, pueden dar más de una sorpresa en el campo de los deportes, incluyendo el beisbol.

Siguiendo con el tema de los deportes: quizá la actividad deportiva que más rápido crecimiento ha tenido en los Estados Unidos, en los últimos años, es la navegación en barcas de vela o motor. Se calculan actualmente en 8 millones las barcas de todos tamaños dedicadas al deporte en este país; y recientemente ha tenido lugar en Nueva York, en el Coliseum, una gigantesca exposición de nuevos modelos de yates, visitada por 400 mil personas. Algunos modelos son de diseño avanzado, con tres quillas; abundan los catamaranes, se han exhibido nuevos motores, más poderosos y silenciosos, cascos de plástico que no requieren pintura y nuevos aparatos electrónicos para la navegación de altura. El modelo que más éxito ha tenido este año, al igual que en el pasado, es el pequeño yate de motor, con cabinas para cuatro personas, y que cuesta más o menos lo mismo que un automóvil nuevo, es decir, entre tres y cinco mil dólares. El esquí acuático es, junto con el *twist*, la actividad preferida por los jóvenes, y algunos norteamericanos han desempeñado un papel muy honorable en el reciente concurso internacional de Acapulco, que por cierto ha sido televisado aquí y ha recibido abundante publicidad.

Como tantas otras actividades humanas, los deportes tienen en este país dos caras, una positiva y agradable y otra negativa y sombría. Nadie se queja, por cierto, si aumenta el interés por los deportes acuáticos, o por las carreras de caballos. Pero cuando examinamos la cuestión relacionada con las apuestas, la situación cambia considerablemente. Sin apuestas no habría carreras de caballos, e incluso es preciso reconocer que otras formas de juego, como la lotería privada o *bingo*, pueden tener una función social recomendable. Pero el crecimiento del interés por ciertos deportes ha acarreado un aumento excesivo, exagerado, de las cantidades de dinero apostadas. Es preciso ser muy puritano para condenar de antemano toda clase de juegos y de apuestas. Pero se trata aquí, más bien, de un crecimiento desorbitado y que en el fondo no se encuentra relacionado con ningún deporte sano. La gente apuesta por razones muy variadas: para no aburrirse; para crear una zona de aventura en que el destino, la buena o mala suerte, aparezca claramente y en forma inmediata; por instinto de imitación, por mil otras causas. Hay países en que el juego es una fiebre, una manía nacional. Así solía ocurrir, según parece, en China. En Estados Unidos la situación parecía estar controlada hasta cierto punto: la gente iba a jugar a Las Vegas, en Nevada, donde la ruleta y los dados merecerían un lugar en el escudo del Estado, ya que son base indiscutible de la economía y la prosperidad locales. Y es cierto que se sigue apostando en Las Vegas y en todo Nevada. Pero no es eso todo.

Tennessee Williams — "éxito de crítica y de público"

Las cifras que dan algunos especialistas policiacos son simplemente increíbles; es preciso hacer intervenir la exageración para hablar, como se ha hecho, de una cifra de 20 mil millones, o incluso, según algunos, de 50 mil millones, cantidad que, según dicen, es la apostada en un año en todo el país. Pero es evidente que se trata de una actividad inmensa, no fácilmente controlable, en gran parte ilícita, y a la cual va a parar un porcentaje muy considerable de las energías, el tiempo y el dinero del país. Se pretende, por ejemplo, que las cifras invertidas en el juego superan a las que el país gasta en educación universitaria y técnica superior. Incluso que se acercan a las que se gastan en armamentos. Todo pudiera ser; pero lo peor del caso es que los hilos de esta complicada y vasta trama suelen estar en manos de *gangsters* y políticos dudosos, y que el juego ilícito se ha convertido en lo que hace ya algunos años, en la fabulosa época de los "veintes", era el licor ilícito: en la fuente de ingresos más segura y abundante para el hampa. Si la ley prohibe ciertas formas de juego y de apuestas, no basta con que esto sea así para que la conciencia nacional las rechace, como tampoco era mal vista la violación de las leyes anti-alcohólicas en la década ya mencionada. La policía y las autoridades locales pudieran con relativa facilidad poner fin a este estado de cosas; si no lo hacen en muchas ciudades es quizá —así razonan los críticos cínicos y pesimistas— porque a sus bolsas va a parar una parte del dinero que el juego produce. En todo caso la presente administración federal está tratando de cortarle las alas al hampa al prohibir que se transmitan de un Estado a otro los resultados de ciertos eventos deportivos. Incluso el basketbol ha sido fuente de numerosos escándalos en los últimos años. Pero son las apuestas en las carreras de caballos, apuestas celebradas con frecuencia a grandes distancias de la carrera, y las pequeñas loterías ilícitas locales, como el "juego de los números" o la "bolita", las que se llevan la parte del león de los fondos apostados en todo el país. Con frecuencia las apuestas son casi insignificantes, de uno a cinco dólares Es decir, que para llegar a las sumas casi astronómicas que se mencionan, es preciso que sean muchos millones de norteamericanos los que tomen parte en estas apuestas ilícitas. Y si son tantos los que violan la ley es forzoso que el carácter mismo de la ley quede erosionado, que la gente acabe por perderle el respeto a la ley. Lo cual no es ya cosa de juego, sino uno de los fenómenos más graves que puedan darse en un país civilizado.

Y lo curioso es que resulte tan difícil convencer a la opinión pública de que la situación actual sea anómala y peligrosa. Yo he presenciado sin escandalizarme ciertas conversaciones telefónicas, en gasolineras y otros lugares más o menos públicos, que indicaban con bastante claridad el objeto de la llamada. Después de todo, ¿qué importancia tiene para el individuo o la nación que Fulano de Tal gane o pierda unos pocos dólares? Es la cifra total la que resulta aterradora, no las pequeñas violaciones observables.